

LA GUERRA ERITREA-ETIOPÍA

YARISSE ZOCTIZOUM

El Colegio de México

DESPUÉS DE APROXIMADAMENTE 28 AÑOS de una guerra sangrienta entre Eritrea y Etiopía parece ser que por fin, gracias a las negociaciones que han tenido lugar en Atlanta, Estados Unidos, se han considerado seriamente los problemas de la paz en esta región tan codiciada por las potencias grandes y medianas, lejanas y próximas. Es necesario señalar que están dadas las condiciones internacionales y locales para ello. En el plano local, ahora resulta claro que ninguno de los implicados puede vencer militarmente y se reconoce que esta guerra fratricida siempre ha resultado perjudicial de una manera u otra para ambas partes, en particular en lo que respecta a la unidad de los pueblos de la región y de África en general, sin olvidar los efectos sobre el desarrollo.

Para comprender esta situación, es necesario saber ante todo cómo se conformó este conflicto, quiénes fueron sus diseñadores y de qué manera los eritreos y los etíopes mismos lo han prolongado desgraciadamente hasta hoy día.

Antecedentes históricos

Desde los orígenes hasta 1923

Etiopía, del Mar Rojo hasta sus fronteras con Djibuti, Somalia, Kenia y Sudán, ha configurado desde sus orígenes un mosaico de nacionalidades, etnias y religiones: Afar, Galla, Somalí, Danakil, Oromo, Sedamo, Abissin, Kafa, Jeberti, Bejar, Beni Amer, Habab, Bilem, Barya, Kunana, Dambia, Tigre, etc.; las religiones musulmana, cristiana, judía (falachas), animista, etc. La mezcla conflictiva de esas nacionalidades y religiones bajo la presión de los invasores permitió

que en el transcurso de la historia se formara en Etiopía un imperio con carácter feudal. Esta mezcla conflictiva, lejos de ser negativa, constituyó un factor determinante para expulsar del territorio etíope a los invasores, al punto de que Etiopía llegó a ser el único país no colonizado de África. Sin embargo, una parte de este país, Eritrea, fue invadida varias veces y su ocupación en forma bárbara le dio un carácter particular. Se trata de una región formada por ocho principales nacionalidades étnicas que se extienden a otras regiones de Etiopía.

Sin que nos remontemos a los detalles de la historia antigua, señalemos que los turcos se establecieron en los alrededores de Massouah, sobre las costas del Mar Rojo, en la cúspide del Imperio otomano (1557). Más tarde los mamelucos egipcios, que remplazaron a los turcos en las costas del Mar Rojo, luego de la apertura del Canal del Suez en 1869, fueron derrotados en 1876, en Gura, a raíz de una incursión de egipcios en las planicies. Después de haber contenido la presión musulmana durante varios siglos, Etiopía enfrentará los apetitos de las grandes potencias, en particular de Italia, que se instaló en la costa de Eritrea en 1869, al apoderarse del fuerte Assab. Francia, por su parte, se estableció en Obock, cerca de Djibuti, desde 1884, mientras que Inglaterra e Italia elaboraron secretamente planes para dividirse el imperio etíope. Es ésta la época de la Conferencia de Berlín de 1885.

Al ascender al trono el nuevo emperador de Etiopía, Menelik II, Italia logró que Etiopía reconociera su presencia en Eritrea por medio del tratado Ucialli, pero una vez que el soberano hubo reforzado su imperio denunció ese tratado en 1893. Sin embargo, ya era demasiado tarde, e Italia se mantendría en la región por la fuerza de las armas. Este lamentable tratado habría de definir, tal como era natural en África durante la colonización, tanto el contorno como las características particulares de Eritrea, cercenando así a esta región del resto del imperio etíope y abriendo un túnel sangriento en la historia de la región y de toda África. Los italianos fueron más lejos, provocando el estallido de una guerra inmediatamente después de sus incursiones en Tigre. Sin embargo, fueron derrotados en 1896 por las tropas comandadas por el propio Menelik II y su primo el ras Makonne.

El Tratado de Paz de 1896, sin embargo, mantendría a Eritrea bajo la dominación italiana, y más tarde diversos acuerdos fijaron de una manera más o menos clara los límites de las posesiones de los ingleses, los franceses y los italianos en la región. Es aquí donde tienen su origen los conflictos en Eritrea. Pero, ¿podía Menelik II hacer otra cosa, en un momento en el que las grandes potencias europeas habían conquistado y destruido casi todos los imperios y reinos africanos? Menelik II y el Ras Makonne defendieron por todos los medios las fronteras de lo que es la actual Etiopía y trasladaron la capital más hacia el interior, ubicándola en Addis Abeba. Asimismo, emprendieron una serie de modernizaciones: la construcción de vías férreas, la introducción del telégrafo, la construcción de puentes, etc. Menelik murió en 1913 y su muerte habría de frenar durante largo tiempo la obra de modernización y de reunificación del imperio. Pero, en 1917, Haile Selassie fue proclamado regente de la emperatriz Zaouditou y asumió los asuntos del imperio. Selassie hizo abolir oficialmente la esclavitud, pero sin destruirla verdaderamente; en 1930, después de la muerte de la emperatriz, se proclamó emperador e introdujo un régimen semiparlamentario a pesar de que detentó el poder absoluto. Selassie hizo reconocer a Etiopía como miembro de la Sociedad de Naciones (SDN) en 1923.

Desde 1923 hasta 1950

La Italia de Mussolini —con el apoyo de Francia e Inglaterra que intentaban apartarla del ascenso del nazismo en Alemania— invadió Etiopía con el fin de dividirse el imperio.

La Liga de las Naciones, dominada por las grandes potencias colonizadoras, ratificó la ocupación italiana, condenando al emperador al exilio. La segunda guerra mundial facilitaría temporalmente la ocupación italiana; sin embargo, el emperador organizó la resistencia durante su estadía en el exterior y los guerrilleros etíopes y eritreos expulsaron definitivamente a los italianos durante la segunda fase de la segunda guerra mundial. La ocupación duró sólo cinco años y el emperador

regresó a Addis Abeba en 1941. A pesar del retorno de la paz, Etiopía encontró múltiples y constantes dificultades para restablecer su integridad territorial. Roma pretendió continuar administrando el país bajo la tutela de la Organización de las Naciones Unidas, Egipto reivindicó Eritrea, Gran Bretaña consideró reanexar Ogaden a los somalíes y Ogaden fue ocupado por los ingleses hasta 1954. Finalmente, se decidió poner a Eritrea bajo la administración etíope en calidad de territorio: he aquí un segundo error histórico por parte de Etiopía, pues tanto el emperador como los eritreos aceptaron este dictado europeo.

En efecto, las consultas y maniobras viciadas de las cuatro grandes potencias de la época —Estados Unidos, Inglaterra, Francia y la Unión Soviética— signatarias del Tratado de Paz de 1947 con Italia, no llegaron a definir la suerte de Eritrea como era debido. Cada una quería una parte del pastel o una contraparte en otro territorio africano. Tal fue el caso de la Unión Soviética, que quería Tripolitania; de Inglaterra, que quería dividir Eritrea en dos partes: el norte y el oeste para su colonia angloegipcia del Sudán y la parte sur para Etiopía; de Francia, que para agrandar su territorio, el actual Djibuti, prefería el mandato italiano. Al término de un año de disputas, el asunto fue llevado ante las Naciones Unidas, donde la influencia de la diplomacia americana era determinante. Estados Unidos, por razones esencialmente estratégicas, prefería que Eritrea fuera anexada solamente a Etiopía. Durante la discusión del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, John F. Dulles no ocultó las preferencias de su país. “Desde el punto de vista exclusivamente de la justicia”, dijo, “las opiniones del pueblo eritreo deben ser tomadas en consideración; sin embargo, el interés estratégico americano en la Cuenca del Mar Rojo y las consideraciones de seguridad y de paz en el mundo hacen que este país deba incorporarse a Etiopía, que es nuestro amigo”.¹ Se produjo entonces un estancamiento, pues las consideraciones y los apetitos de unos y de otros, más el error histórico de los pueblos implicados, determinaron que no fuera posible que Eritrea se integrara a

¹ *Revue Française d'études politiques Africaines*, 148, París, 1978, p. 58.

la madre patria de una manera u otra, o por vía democrática. Pero como el que está más fuertemente armado siempre tendrá la razón, finalmente se adoptó una solución federal para cubrir las apariencias a raíz de una famosa encuesta local que realizó una comisión constituida por delegados de las cuatro grandes potencias, donde se entonaba la canción de los derechos de los pueblos a disponer de sí mismos.

El texto que Naciones Unidas presentó el 2 de diciembre de 1950 señalaba lo siguiente: “Autonomía completa para un gobierno eritreo en lo que respecta a los asuntos internos, dentro del cuadro de las delimitaciones definidas por las jurisdicciones respectivas a los gobiernos eritreo y federal, y un régimen democrático en Eritrea, que respete los derechos humanos y las libertades fundamentales, un gobierno del pueblo y para el pueblo”. Las bellas palabras se lanzan al margen de la decisión conjunta de los pueblos de Eritrea y del resto de Etiopía. Esta resolución (390 A) significa una anexión definitiva. A partir de ese momento, según declaró Haile Selassie “No habrá más que una nación: Etiopía; la federación impuesta por las circunstancias no existe más”.² De allí en adelante, Selassie se aferrará de manera ilegal al proceso de reintegración. Conviene señalar que el federalismo, si bien reconocía la personalidad definida del territorio eritreo, era una fórmula lo bastante vaga como para sancionar los abusos del poder central: se extendió la aplicación de los códigos judiciales etíopes a Eritrea —la Constitución eritrea no podía prever la participación de los eritreos en los órganos llamados federales— y ninguna constitución federal salió a la luz. Por otra parte, incluso antes de que el emperador hubiera ratificado el Acta Federal, las autoridades británicas le devolvieron al poder central todas las antiguas propiedades de la ocupación italiana.

Las disposiciones de la Constitución eritrea respecto de los derechos sindicales y la libertad de prensa fueron contradichas por la acción del poder federal: hubo sindicatos disueltos, procesos contra periodistas y se constituyó un partido unionista dominado por el clero copto tradicionalista. Es evi-

² “L’Ethiopie”, Bulletin du Cedetim, 1973, p. 5.

dente, pues, que en lugar de destruir los fundamentos en los que se acentuaba la disputa, el emperador no hizo más que acrecentarlos.

A partir de 1956 la palabra federación se fue eliminando progresivamente de la correspondencia oficial y la bandera y el emblema eritreos fueron retirados de los edificios públicos y de las manifestaciones oficiales. Se desarmó a la policía local y se reemplazó por militares enviados por el poder imperial. En 1960, se extendió la jurisdicción de la educación imperial a las escuelas eritreas. Finalmente, en 1962, el parlamento eritreo solicitó, mediante voto unánime más o menos manipulado, la incorporación pura y simple del territorio a Etiopía. Así, el 14 de noviembre de 1962, el jefe del ejecutivo eritreo, que era al mismo tiempo vicerrepresentante del emperador, le leyó a los miembros de la asamblea eritrea el texto siguiente: "La declaración que les voy a leer pone punto final al conflicto eritreo, ustedes no pueden hacer otra cosa más que aprobarla como tal. Declaramos a la federación nula y sin vigencia y estamos completamente unidos con nuestra patria".³

Después de esto se promulgó un código de trabajo extremadamente desfavorable para la clase trabajadora, lo que provocó una huelga general y diversas manifestaciones en cuyo transcurso fueron asesinadas varias decenas de personas y se prohibió el uso de las lenguas locales en las escuelas. De esta época, que fue muy dura incluso para aquellos partidarios del federalismo, data la creación del Frente de Unión Nacional, que reunió a los militantes del viejo bloque de los independentistas y a los del movimiento de liberación de Eritrea llamado, Mahber Chaouate' (jóvenes, intelectuales y obreros emigrados), así como a los del Frente de Liberación de Eritrea (FLE), el primer grupo que consideró el empleo de la lucha armada. Así pues, la situación estuvo falseada desde el principio y tanto las exigencias del emperador como la revuelta de los eritreos no hicieron más que acentuar el problema: ni reintegración, ni federalismo, ni independencia. Esta situación se convirtió en un nido para la introducción de armas de todo tipo.

³ *Eritrea and federal act, ib.*, p. 6.

La guerrilla eritrea bajo el régimen del emperador

La guerrilla se inició en septiembre de 1962. Un pequeño grupo de hombres, reunidos bajo la insignia del Frente de Liberación de Eritrea (FLE), se enfrentó a las tropas imperiales en las montañas del Oeste. Inicialmente, Eritrea en su conjunto no quería seguir a este grupo de hombres y, de hecho, el movimiento de liberación como un todo seguía siendo hostil a la lucha armada, de manera que la guerrilla carecía de partidarios y de armas y el apoyo exterior no existía aún. Al principio la guerrilla reclutaba sus miembros sobre todo entre los guardias y policías que habían sido desarmados por el poder central, e incluso se apoyó en algunas bandas de *shifas* (bandidos); evitaba toda confrontación directa con las fuerzas imperiales y se conformaba con ataques sorpresivos. Pero, ya en 1963, sin embargo, el movimiento se sintió más estructurado y se constituyó en dos grupos: una unidad de guerrilla urbana y varios grupos pequeños de guerrilla rural. Las primeras oficinas de información se abrieron en El Cairo y Argel.

Después de la victoria del partido Baas, Irak comenzó a interesarse en los guerrilleros y lo mismo hicieron Somalia, la cual exigía para sí la región etíope de Ogaden, y Sudán, que esperaba una parte del territorio etíope. Seguros de ese apoyo, los guerrilleros comenzaron a sabotear sistemáticamente la economía nacional. En agosto de 1965, el secretario general de la Organización de la Unidad Africana (OUA), el señor Diallo Telli, en nombre del principio de la OUA de mantener en África (al menos por un largo tiempo) las fronteras territoriales dejadas por la colonización, se negó a reconocer al FLE y a anexarlo a la lista de los movimientos de liberación nacional que operaban en África. A partir de ese momento el frente se dirigió a los países árabes y abrió representaciones en una decena de ellos, algunos de los cuales habían codiciado siempre esta región etíope con el fin de rodear el Mar Rojo, al que siempre habían considerado como un mar árabe. También se abrieron representaciones en Suecia e Italia.

El frente multiplicó entonces el sabotaje, sobre todo en los puertos y en 1965 recibió armas de Siria vía Kartum en Sudán. Algunos observadores se percataron de que las armas po-

dían ser enviadas por la Unión Soviética.

Haile Selassie fue personalmente a Asmara para denunciar a "esos fuera de la ley que percibían salario del extranjero".⁴ La guerra fratricida se desarrolló entonces alimentada por las fuerzas extranjeras, sobre todo árabes. Así el FLE debió declarar que "Etiopía no tiene ningún derecho sobre el Mar Rojo, nuestra lucha tiene como meta hacer un mar exclusivamente árabe" (sic).⁵ En 1969, el FLE se ligó a la organización palestina "El FATH" y se hizo conocer en el mundo por organizar dos ataques contra aviones y tres secuestros de aviones. Pero, en el terreno de los hechos la guerrilla estaba dividida: contradicciones entre los jefes militares por discrepancias étnicas y religiosas y contradicciones entre los militares y los dirigentes políticos que permanecían en el extranjero, donde cada grupo quería su pequeña república, a sueldo de tal o cual país árabe. El Congreso de la "reunificación", convocado en Adabha en 1968, denunció las maniobras de algunos líderes "sedientos de poder, oportunistas, regionalistas que juegan a los héroes". El grupo de Mohamed Adam instalado en Kartum fue denunciado y Osman Sabbe Saleh, uno de los representantes del FLE en el exterior, encabezó la oposición. A partir de 1971, coexistían ya dos frentes. Mohamed Idriss, el principal líder, fue dejado de lado y se refugió en El Cairo, mientras que Mohamed Nasser tomaba su lugar. A partir de entonces, al igual que en el caso de los palestinos, los dos grupos irán a enfrentarse militarmente entre sí, causando miles de víctimas y facilitando la labor de las fuerzas del poder central. El FLE luchará entonces contra el nuevo frente constituido por el Frente de Liberación de Eritrea (FLE) y Fuerza Popular de Liberación (FPL). El FLE fue apoyado por el partido Baas de Irak y Siria y el FLE-FPL fue apoyado por Libia, Somalia, Yemen y la OLP. Es aquí donde aparece la histórica división mortífera que hicieron los árabes en territorio etíope.

Según los observadores, esta guerra entre facciones les costó la vida a miles de seres humanos: las emboscadas, la lu-

⁴ *Ibidem.*, p. 7.

⁵ *Ibidem.*, p. 10.

cha cuerpo a cuerpo, los envenenamientos de manantiales se sucedieron durante varios meses. Tal fue la situación bajo el reinado del emperador Haile Selassie. El emperador de emperadores, que había logrado reunir todos los países independientes de África en una sola organización, la OUA (Organización de la Unidad Africana) con sede en su capital Addis Abeba, “no pudo acabar con los que llamaba bandidos”, a causa de sus propios errores históricos.

Por otro lado, sus esfuerzos por modernizar el país fueron limitados y las reformas efectuadas no disminuyeron prácticamente en nada su poder absoluto. La constitución de 1955 preveía que la asamblea fuera elegida por sufragio universal, pero se prohibieron los partidos políticos y el gobierno era responsable ante el soberano y no ante el parlamento. En cuanto al senado, sus miembros eran nombrados por el soberano y sólo él podía decidir la suerte de Eritrea. Esta situación política y las condiciones económicas y sociales desastrosas de la población, el surgimiento cíclico de las hambrunas y las aspiraciones de los jóvenes a un nuevo modo de vida determinaron las revueltas en todos los sectores socioeconómicos, incluso en los círculos más allegados al soberano, todo lo cual debía poner fin a su reinado.

La situación a partir de la revolución de septiembre de 1974

La política de reintegración del territorio eritreo por los revolucionarios de Addis Abeba

La revolución del 12 de septiembre de 1974 no solamente heredó una economía y una sociedad en crisis sino que además tuvo que enfrentar revueltas étnicas, territoriales, regionales, que seguían siendo respaldadas por los países vecinos. Afortunadamente para el poder central revolucionario muchas de las revueltas carecían de objetivos e ideologías definidos. Algunos intelectuales y antiguos potentados quisieron utilizar las formas cíclicas de resistencia tradicional que caracterizaban las relaciones entre las provincias y el poder central de tipo feudal en Addis Abeba.

Además del caso eritreo, el poder revolucionario central tuvo que luchar contra cinco frentes llamados de liberación. En primer lugar, la Unión Democrática Etíope (EDU) establecida en 1975 bajo la dirección del general Iyassu Mengesha y constituida por los parientes del antiguo emperador, como el ras Mengesha Soyoun y el general Nega Tegegne. Estas fuerzas se desarrollaron en las provincias de Gondar (ex Begender), Tigre y Godjam, apoyándose en la oposición de los campesinos a la reforma agraria y en las dificultades de acceso a la región. La acción de la EDU se fundamentaba básicamente en los reflejos feudales ancestrales de oposición al poder central y de fidelidad a jefes y estructuras tradicionales ya superados. Además estaban el Frente de Liberación de Oromo, en las provincias de Bale y de Sidamo el Frente de Liberación de Tigre y el Frente de Liberación de Somalia del Oeste (FLSO), los cuales reivindicaban la independencia de cada una de estas regiones. Estos frentes también se apoyaban en reivindicaciones de tipo feudal en contra del poder central.

El Frente de Liberación de Somalia del Oeste (FLSO) inició sus acciones guerrilleras en 1975, desde su cuartel general situado en Mogadiscio, capital de Somalia. La ayuda de Somalia se reforzó a principios de 1977, a tal grado de llegar a un enfrentamiento directo con las fuerzas etíopes en agosto de 1977. El FLSO no sólo exigía el reconocimiento de la especificidad nacional somalí, sino además la reintegración de Ogaden al gran conjunto somalí que agruparía Djibuti, las provincias del nordeste de Kenia y Ogaden en torno a Somalia.

La constitución del Frente de Liberación Afar se produjo a raíz de los choques violentos que tuvieron lugar en mayo de 1975, cuando las fuerzas del poder central se enfrentaron a los nómadas del sultán Alí Mirah. Este potentado local, poseedor de plantas industriales en el valle de Awash, había conservado una gran autonomía bajo el régimen imperial y pretendía mantener su poder absoluto en la región. Pero la reforma agraria del 4 de marzo de 1975 y la nacionalización de la industria azucarera significaron una denuncia directa de su poder. El sultán Alí Mirah se refugió en Arabia Saudita, dejando que el movimiento de la guerrilla se conformara bajo la dirección de su hijo. Este frente estaba apoyado por los

países árabes conservadores, que invocaban los lazos religiosos del Islam.

Ninguno de los frentes antes mencionados podía lograr la victoria, porque todos estaban divididos y carecían de objetivos claros. A pesar de la división existente en el seno de los revolucionarios al inicio de la revolución del 12 de septiembre de 1974, el poder central revolucionario logró liquidar a los diversos frentes, con la ayuda de internacionalistas revolucionarios como los cubanos y otros. Al único frente que no pudo derrotar fue el Frente Popular de Liberación de Tigre, el cual persiste hoy día en su lucha, e incluso lanzó varios ataques en el mes de septiembre de 1989.

A pesar de todo lo anterior, el elemento principal de este conflicto sangriento sigue siendo Eritrea. Cabría preguntar entonces, ¿qué política de reintegración ha llevado a cabo el poder central a partir de la revolución con respecto a Eritrea?

Desde la caída del emperador, el gobierno central consideró de otra manera el asunto eritreo. Hay que señalar que inicialmente en el gobierno revolucionario democrático etíope hubo corrientes contradictorias respecto de la política a seguir frente a Eritrea. Si bien el programa del 21 de abril de 1976 subrayaba el derecho a la existencia de las nacionalidades, el lema que se escogió en diciembre de 1974 sigue siendo el sustento de la política nacional: "Etiopía Tikdem" (Etiopía Adelante). Los grupos que consideraban una solución negociada en Eritrea, lo cual podía llevar a la autonomía e incluso a la independencia, fueron eliminados. Se trataba de grupos dentro del Partido Revolucionario del Pueblo Etíope (PRPE) y del Movimiento Socialista Panetíope (MEISON), que escogió el marxismo-leninismo como ideología.

En Tigre, el FLPT, sacó provecho de esta división para atraer grupos hacia sí logrando fortalecerse, y así ha continuado la lucha contra el gobierno central hasta hoy en día. A pesar de esta división, hay que señalar que a partir del reinado del emperador existe un dogma que no puede transgredir ningún gobierno central establecido en Addis Abeba: Etiopía no se puede desmembrar y, por lo tanto, es inconcebible la independencia de su décima cuarta provincia del norte, Eritrea. Durante quince años el régimen del coronel Mengistu

Haile Marian ha sabido, contra viento y marea, respetar y poner en práctica este dogma: internamente, una guerra civil por el poder en el seno de la izquierda que originó decenas de muertos; en el exterior, la guerra de Ogaden provocada por Somalia, que creía tener debilitado su poder ante ella, debido a sus divergencias internas. Este aumento del peligro durante los primeros años de la revolución —como suele suceder con todas las revoluciones, sobre todo las que no se preparan tiempo atrás y no se estructuran desde el principio— dio lugar a un poder más estable, a pesar del último intento de golpe de estado en junio de 1989. De hecho, en 1984, en el décimo aniversario de la caída del emperador, Mengistu creó el Partido de Trabajadores Etiópes (EWP), poniendo fin así a la inestabilidad y a la falta de órganos sobre los cuales apoyar el poder, proclamado marxista-leninista.

Al mismo tiempo el poder tuvo que hacer frente a otro enemigo temible: una sequía lamentable acompañada de una hambruna mortífera, la cual fue aprovechada por la rebelión eritrea para multiplicar sus ataques militares. Sin embargo, ya desde diciembre de 1974 el poder había hecho un llamamiento para la negociación pacífica y los oficiales de alto rango del gobierno entablaron negociaciones con los “patriotas y sabios” de la región acerca de las vías y los medios para encontrar una solución pacífica al problema. Después de las conversaciones, se estableció un comité compuesto de 38 miembros, con el fin de preparar una reunión y de propiciar el diálogo entre los grupos opositores y el gobierno. En 1975, el consejo militar administrativo hizo un llamado a los “grupos de oposición en Eritrea para que se pongan del lado de la revolución”. El ejército recibió entonces órdenes de detener las hostilidades, pero el llamamiento a la paz y al cese al fuego unilateral “no recibió una respuesta apropiada”. Teniendo como base el Programa de la revolución nacional democrática que se dio a conocer el 20 de abril de 1976, el 16 de mayo de 1976 se publicó una declaración política de nueve puntos destinada a resolver pacíficamente el conflicto eritreo y se envió un órgano oficial a Asmara para “encontrar a los opositores”. Asimismo, con el fin de contribuir a la búsqueda de una solución pacífica se enviaron delegaciones oficiales

a los siguientes países: Sudán, Egipto, Libia, República Popular Democrática de Alemania.

Desde septiembre de 1982 hasta marzo de 1985, hubo en nueve ocasiones contactos directos sin intermediarios, mediante el intercambio de documentos, lo cual refleja una diferencia con la política imperial; sin embargo, estos contactos no limitaron la lucha en el terreno.

El gobierno afirma haber invitado a los eritreos a participar en la creación del Instituto de Estudios de las Nacionalidades y también a participar en la redacción del proyecto de la constitución nacional. En 1988, representantes de las poblaciones de las tierras bajas y altas de Eritrea hicieron a su vez un llamado a la paz. Por esta razón, el Chengo Nacional (Asamblea Nacional), reunido durante su primera asamblea extraordinaria el 5 de junio de 1989, lanzó “una nueva iniciativa de paz”, para tener un encuentro con los responsables del FLPE e “iniciar negociaciones sin condiciones previas”, escogido por acuerdo mutuo, en público y en una fecha y lugar designados por acuerdo mutuo”. ¿Fue por eso que las negociaciones se iniciaron en Estados Unidos con la ayuda del ex presidente Jimmy Carter, en septiembre de 1989?

La lucha de los eritreos a partir de la revolución de 1974

Durante largo tiempo las respuestas de los eritreos, sobre todo de los frentes de liberación, frente a los llamamientos del nuevo poder central a unirse a la revolución y buscar una solución pacífica, fueron siempre negativas. Hay que decir que los eritreos están más divididos que nunca y mantenían entre sí una guerra doblemente fratricida. Fue así como se creó un tercer movimiento, Fuerza Popular de Liberación (FPL). En 1975 hubo una tentativa de unión, pero no funcionó; sin embargo, el 21 de octubre de 1977, bajo la presión del gobierno sudanés —que les proporcionaba armas—, se firmó un acuerdo que preveía la reunificación entre el FLP y el FLE, mientras que el tercero, el FPL se declaró listo para unirse a los demás el 23 de octubre del mismo año. El texto consideraba crear un puesto de mando común y constituir una comi-

sión mixta para los asuntos militares, exteriores, económicos, sociales y para la información. En junio de 1980 hubo otro acuerdo para formar un consejo llamado nacional. Esta unificación provocó que en el transcurso de los últimos años la lucha armada pasara del estado de guerrilla al de un conflicto convencional, con miles de muertos y con poblaciones desplazadas como consecuencia.

En esta verdadera guerra de posición y trinchera, los soldados del poder central y los rebeldes eritreos vienen luchando desde hace muchos años sobre dos frentes, uno de los cuales se extiende por más de 400 km. En esta guerra no se lucha simplemente por un pedazo de territorio sino por lo que éste representa. La franja de tierra de 1 200 kilómetros que se extiende a lo largo del Mar Rojo desde la frontera sudanesa hasta Djibuti, encrucijada entre África Oriental, el Medio Oriente y el Océano Índico abierto sobre el Golfo de Aden, constituye un enclave fundamental en el Cuerno de África. Es esta posición privilegiada lo que ha hecho y hará que tenga un enorme interés estratégico y que sea el objeto de la codicia de las grandes potencias. Las poblaciones etíopes y eritreas han pagado cara la inversión de las alianzas de las grandes potencias en esta región.

En 1952, la URSS se transformó en abogado de las causas eritreas en la ONU y predicaba la independencia de la región. La historia probaría que sólo estaba defendiendo sus intereses políticos del momento: luchar contra la influencia norteamericana en la región.

En 1977, tres años después de la caída de Haile Selassie, Moscú cambió de campo, desquiciando así la situación político-militar en la región. La URSS abandonó la Somalia de Syad Barre, donde hasta entonces poseía bases, para acudir en ayuda de Etiopía. En los meses que siguieron al cambio del Kremlin, la ayuda sustancial de Moscú a la armada etíope le permitió al gobierno central lanzar ofensivas mayores en Eritrea y hacer retroceder a los rebeldes. En 1982, durante la campaña "Estrella Roja" que teóricamente debía poner fin a la disidencia de Eritrea, la importancia de la ayuda soviética y la motivación del coronel Mengistu (quien dirigió personalmente las operaciones militares) parecían prometerle una vic-

toria brillante a las tropas de Addis Abeba. Pero, contra todo lo esperado, el ejército no acabó con los rebeldes, enardecidos por su voluntad de vencer.

En cuanto a la otra gran potencia, Estados Unidos, ésta obtuvo sin dificultad alguna que en 1953 el emperador Haile Selassie firmara con ella un tratado de cooperación militar, en agradecimiento por su apoyo en favor de la “solución federal” en Eritrea: cerca de tres mil técnicos y soldados norteamericanos se instalaron en Kagnaw, cerca de Asmara, y pusieron en funcionamiento una importante estación receptora y transmisora, destinada a vigilar el Medio Oriente y el oeste del Océano Índico. Al término de algunos años, 60% de los créditos militares que los norteamericanos le otorgaron al continente africano se le atribuyeron al ejército etíope, entrenado por consejeros norteamericanos a los que secundaban militares israelíes. Por eso, Etiopía aceptó combatir al lado de los norteamericanos en la guerra de Corea.

En 1977, los norteamericanos cambiaron de campo e instalaron sus bases en Somalia, antiguo enemigo. Este tipo de alianzas vergonzosas alimenta la guerra en la región. El FPLE, fortalecido por estos cambios de alianzas, al igual que los diferentes gobiernos de Addis Abeba, ha rechazado siempre el fin de la guerra y espera una victoria total, lanzando comandos contra las bases gubernamentales. Un ejemplo se produjo en Asmara, en mayo de 1984, cuando los soldados del FPLE en unas horas pusieron fuera de combate al poder disuasivo del gobierno central en la región. El FPLE, creyendo en una rápida victoria, debió eliminar de su seno a todos aquellos que aspiraban a una solución pacífica. Además, buscó y obtuvo la coordinación militar con el Frente Popular de Liberación de Tigre, iniciado en 1980. Esto permitió la ofensiva de marzo de 1988, que obligó a las autoridades de Addis Abeba a declarar en estado de emergencia las provincias del norte.

Frente a la persistencia de la guerra con sus graves consecuencias, al rechazo a la paz y al cambio de las relaciones diplomáticas en el mundo, los proveedores de fondos para el FPLE iniciaron un movimiento de repliegue. Fue así como el FPLE se vio obligado a cerrar sus oficinas de información en Riad y Yedda en Arabia Saudita.

La hambruna, aliada de la guerra, se volvió más atroz que la guerra misma para ambas partes. El FPLE y el FPLT se vieron obligados a ofrecerle al gobierno que aceptarían una tregua, con el objeto de no entorpecer la llegada de la ayuda internacional a las víctimas de la hambruna. Este ofrecimiento fue rechazado por el gobierno central, que esperaba desde 1976 una solución pacífica. Sin embargo, frente a la gran pérdida de vidas que se venía produciendo desde hacía 28 años, a partir de 1984 se iniciaron contactos informales entre los representantes del gobierno y el frente eritreo.

El gobierno propone una autonomía real y el FPLE exige una independencia completa, ratificada por un referéndum bajo control internacional, como se indicaba en la propuesta de 1980.

A partir del 7 de septiembre de 1989, y a pesar de las nuevas incursiones militares del FPLT en el norte, el gobierno y el FPLE se sentaron a la misma mesa para discutir y ponerse de acuerdo respecto de una futura negociación, gracias a los esfuerzos de paz conducidos por el ex presidente norteamericano Jimmy Carter y a su participación en el encuentro entre ambas partes.

Esta vez se espera poder ver el fin del prolongado y sangriento conflicto por varias razones. Primero, consideremos las declaraciones de los jefes de las delegaciones en la negociación de Atlanta, en Estados Unidos. En efecto, en la apertura de las negociaciones el señor Yigletu Ashegre, jefe de la delegación del gobierno etíope y miembro importante del comité central del partido en el poder, calificó a Eritrea de "cuna de nuestra civilización" y añadió que el gobierno de Addis Abeba trabajaría "sin descanso y con la mayor paciencia" para poner fin a esta "guerra fratricida". El jefe de la delegación del FPLE, el señor Alamin Mohamed, declaró por su parte que "una solución pacífica del conflicto eritreo se considera tan esencial para la vida, como el alimento y la bebida para los hambrientos y sedientos".⁶ El mundo entero y, sobre todo Africa, pudieron así registrar las declaraciones de los jefes de ambas delegaciones. Estas negociaciones de paz, calificadas

⁶ *Le Monde*, 9 de septiembre de 1989.

de "preliminares", han sido las primeras realizadas públicamente entre el FPLE y el gobierno de Addis Abeba. El clero de la iglesia ortodoxa etíope, por su parte, organizó oraciones en todos los lugares de culto para estas negociaciones. En segundo lugar, ninguna de las dos partes puede vencer militarmente a la otra. En tercer lugar, gran parte del presupuesto del gobierno se destina a la guerra, mientras que el pueblo padece hambre. En cuarto lugar, se ha producido un cambio en las relaciones entre las dos grandes potencias para arreglar los conflictos regionales. En quinto lugar está la misión de paz de la ONU, conducida inteligentemente por el señor Javier Pérez de Cuéllar.

Para concluir señalemos que no podemos estar más que felices por la iniciativa de las dos partes, sin olvidar la iniciativa del ex presidente Carter, respaldada por la URSS y EUA, el cual organizó el reencuentro de Atlanta. Esperamos que el próximo encuentro, previsto en Nairobi, dé como fruto una solución a favor de la paz y el desarrollo en la región.

El apoyo indirecto a las negociaciones hecho por las dos grandes potencias, las cuales buscan hoy en día reestructurar a través de todos los conflictos regionales en el mundo sus estrategias y reorganizar sus espacios y alianzas, ¿permitirá poner fin a esta guerra? Nos arriesgaremos a decir que la respuesta se encuentra, antes que todos los factores, en la voluntad del FPLE y del gobierno de Addis Abeba para acabar con esta guerra fratricida y para no caer en los errores históricos que estuvieron en el origen de esta guerra, una de las más largas en la historia de África.

Traducción del francés:

LUZ MARÍA HERMOSO SANTAMARÍA